



Seix Barral

Laurent

Binet

Perspectivas





Seix Barral Biblioteca Formentor

Laurent Binet

Perspectivas

Traducción del francés por
Adolfo García Ortega

Título original: *Perspective(s)*

© Éditions Grasset & Fasquelle, 2023

© por la traducción, Adolfo García Ortega, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

© Mapas: Christophe Chabert

Primera edición: abril de 2024

ISBN: 978-84-322-4341-7

Depósito legal: B. 5.236-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

*1. María de Médicis a Catalina de Médicis,
reina de Francia*

Florencia, 1 de enero de 1557

Si supiera que os escribo, mi padre me mataría. Mas, ¿cómo negar a Vuestra Alteza un favor tan inocente? Él es mi padre, pero ¿no sois vos mi tía? ¿Qué me atañen a mí vuestras disputas, y vuestro Strozzi, y vuestra política? A decir verdad, vuestra carta me ha causado una alegría que no podéis ni imaginar. ¿Qué pasa? ¿Que la reina de Francia me suplica que le cuente cosas sobre su ciudad natal a cambio de su amistad? ¿Acaso podía darle el Cielo un regalo más hermoso a un alma arrinconada como la de la pobre María, rodeada tan solo de niños y sirvientes? Mis hermanos pequeños están demasiado ocupados jugando a los príncipes, mis hermanas pequeñas juran que no se casarán jamás con nadie porque ningún partido sería lo bastante digno de ellas —¡por mucho

que se tratara del mismísimo hijo del emperador!— y, entre las frías paredes de este viejo palacio, veo con claridad cómo mi madre conspira con mi padre sin decirme nada, aunque la única certeza que puedo alcanzar a entender es que lo hacen para casarme. ¿Con quién? Nadie ha considerado necesario hasta ahora informarme a ese respecto. Pero ya está bien, no quiero abusar de vuestra amistad, bastante he hablado de mí.

Sabed, querida tía, que ha tenido lugar en Florencia un drama espantoso. Puede que aún conservéis el recuerdo del pintor Pontormo, ya que, entre todos los artistas de los que nuestra patria es fecunda, pasaba por ser, según se dice, uno de los más reputados en los tiempos en que vos aún no habíais dejado Italia por Francia, de camino hacia vuestro real destino. Pues bien, lo han encontrado muerto en la capilla mayor de San Lorenzo, en la obra en la que estaba trabajando desde tiempo inmemorial: ¡once años! Se cuenta que se dio muerte a sí mismo porque no lo satisfacía el resultado. Yo me había cruzado con él algunas veces, en casa de su amigo Bronzino; tenía el aspecto de uno de esos viejos locos que murmuran entre dientes. En fin, es algo muy triste.

Por fortuna, no todas las noticias son tan trágicas, pero creo yo que ninguna os va a sorprender: como bien sabéis, cada año los preparativos del Carnaval empiezan cada vez más pronto, tanto que nuestras plazas están ya invadidas por los

obreros que se encargan de levantar las tarimas y en las casas las costureras se atarean en sus labores. Me tomaréis por frívola, sin duda, si os digo que me gusta cuando Florencia se prepara para vestirse de fiesta, pero no lo puedo evitar. Esa efervescencia me regocija, a mí, que no tengo por así decirlo ninguna otra distracción más que la de ir a posar para uno de los innumerables retratos que de cada miembro de su familia, vivo o muerto, mi padre manda hacer a Bronzino. Estarme sentada durante horas, en eso consiste mi diversión.

El hijo del duque de Ferrara, Alfonso d'Este, a quien tal vez hayáis conocido en Francia, pues me han dicho que ha combatido en Flandes al lado de vuestro esposo, el rey Enrique, ha llegado esta semana para presentar sus respetos a mi padre, que está obsesionado con presentármelo. ¡Qué lata, porque dicen de él que es alguien siniestro! Por cierto, me está llamando mamá. Os beso las manos con el fervor de una nueva amiga. He quemado vuestra carta según vuestro deseo y seguiré vuestras indicaciones para haceros llegar la mía con toda discreción. ¡Qué lástima que estéis enfadada con mi padre! Pero estoy segura de que este enfado no durará mucho y vendréis dentro de poco a visitar a vuestra familia, y por fin volveréis a ver de nuevo vuestra hermosa Florencia. ¡Quién sabe si el Bronzino no hará también vuestro retrato!

2. *Giorgio Vasari a Miguel Ángel Buonarroti*

Florencia, 2 de enero de 1557

Esta vez, querido Maestro, no os escribo a petición del Duque para suplicaros que volváis a Florencia. ¡Ay! Es otro asunto distinto el que me lleva a turbar vuestras jornadas romanas, aun cuando sé lo ocupadas que están por vuestros admirables trabajos y por las numerosas contrariedades a las que vuestro arte se enfrenta a diario, sobre todo desde la elección de nuestro nuevo sumo pontífice, quien parece tan poco proclive a apreciar las bellezas antiguas o modernas, al contrario que sus predecesores.

¿Recordáis cuando, hace quince años, os lo consultaba todo? Teníais entonces la bondad de darme vuestros consejos, y gracias a ellos me entregué de nuevo, con más método y provecho, al estudio de la arquitectura, lo que probablemente nunca habría logrado sin vos. Hoy todavía sigo necesitando método, aunque en un terreno muy diferente. El Duque ha querido honrarme con su confianza al encargarme una misión tan delicada como insólita.

Jacopo da Pontormo, cuyo gran talento elogiasteis incluso cuando no era más que un niño lleno de promesas, ya no está entre nosotros. Ha sido hallado muerto en la capilla de San Lorenzo, al pie de sus famosos frescos, que hasta entonces

él había sustraído a las miradas tras una valla de madera. De por sí, la noticia me había decidido a escribiros, pues era menester que alguien os informara de tan terrible desgracia. Pero son las circunstancias de su muerte las que justifican plenamente que me dirija a vos, una vez más.

Y ello porque, dado que su cuerpo ha sido encontrado con un cincel clavado en el corazón, justo debajo del esternón, la tesis del accidente nos ha parecido enseguida difícil de sostener. Esta es la razón por la que el Duque me ha encargado que esclarezca esta triste historia, ya que no son pocas las sombras sobre ella, como podréis juzgar por vos mismo: el cuerpo de Jacopo, además del cincel que lo ha matado, tenía rastros de un violento golpe en la cabeza, asestado por un martillo hallado en el suelo de la capilla, en medio de sus otras herramientas. El pobre Jacopo estaba echado bocarriba, delante de su fresco del Diluvio, una parte del cual, al parecer y a tenor de los restos de pintura fresca, había estado repintando antes de morir, con el riesgo de dejar un parche notorio. Vos sabéis como yo que Jacopo era tan lento como exigente en su trabajo y que siempre se estaba corrigiendo, pero ese retoque en una pequeña parte del muro, que inevitablemente iba a dejar visible el parche en un lugar que partía la figura por la mitad, me ha sorprendido sobremanera. Conociéndolo, pensaría que, a poco que no estuviera satisfecho

mínimamente del conjunto, reharía el paño de pared entero.

Sin embargo, las rarezas de este asunto no se detienen ahí. Cuando se descubrió el cuerpo, lo llevaron a la casa donde vivía Jacopo, en via Laura, que es una especie de desván al que se accede por una escalera. Allí, entre un montón de dibujos, cartones y maquetas guardado en su taller, había un cuadro que vos conocéis muy bien, ya que antaño dibujasteis el modelo: os acordaréis sin duda de ese *Venus y Cupido* cuyo éxito fue tal que inspiró múltiples copias por toda Europa (quizá sepáis que yo mismo tuve el privilegio de realizar algunas de ellas, las cuales, sin igualar de ninguna manera a las de Pontormo, llegaron a complacer mucho, pues todo lo que se inspira en vuestros dibujos lleva siempre el trazo de vuestro divino genio). Eran los tiempos anteriores a la vuelta de la Inquisición, que tan lejana nos parecía ya, cuando el cardenal Carafa no se había convertido todavía en Pablo IV y los desnudos aún no habían caído en desgracia, sino que, por el contrario, eran particularmente buscados. Por supuesto, a nadie se le ocurriría hoy pintar un cuadro así, pero vos conocéis la excentricidad que caracterizaba a nuestro bravo Jacopo. Pese a ello, no es esto lo que ha llamado nuestra atención, ya que, si dejamos de lado los cuatro años en que el fraile Jerónimo Savonarola obnubiló los corazones de la gente simple, los florentinos seguimos sabiendo reconocer las belle-

zas del cuerpo humano sin considerarlas unas diabólicas obscenidades. Por otra parte, el trozo de tela que Pontormo había añadido tiempo atrás para cubrir los muslos abiertos de la diosa había sido retirado de la copia que había ante nuestros ojos. Pero lo que más nos sorprendió —no sé cómo formular esto sin ofender a nadie, y menos aún a la familia de Su Excelencia— fue que Jacopo había sustituido el rostro de Venus por el de la hija primogénita del Duque, la señorita María de Médicis.

Ya os figuráis lo desagradable que puede ser esta historia y por qué el Duque ha tenido que encargarse de la resolución de la misma a un hombre de su confianza, haciendo circular, al mismo tiempo, el rumor de que el pobre Jacopo había puesto fin a sus días debido al extremo desprecio para consigo mismo en que había caído. Es obvio que todo esto me deja envuelto en una espesa niebla, por lo que me permito, a fin de desenredar los enmarañados hilos de tan tenebroso asunto, solicitar vuestra enorme inteligencia, que sé casi igual que vuestro talento y participa plenamente de vuestro genio.

3. Miguel Ángel Buonarroti a Giorgio Vasari

Roma, 5 de enero de 1557

Mi señor Giorgio, querido amigo, no sabría decirte cuán abatido me hallo, hasta el punto de

que no he salido de la cama desde hace una eternidad, o eso me parece. A decir verdad, ya estaba agobiado por todos los quebraderos de cabeza que me causa la obra de San Pedro, pero la muerte de Jacopo me ha rematado, por así decir, y he llorado al leer vuestra carta. Jacopo era un pintor de gran talento y, en mi opinión, uno de los mejores, no solo de su generación (la que media entre la mía y la vuestra, pues yo ya estoy a las puertas de la muerte y vos aún en la flor de la vida), sino, lisa y llanamente, de su tiempo. Al pedirme que os ayude a encontrar al culpable de ese crimen inconcebible a los ojos de Dios y del mundo, no sé si estáis llamando a la puerta adecuada, temo más bien que sobrestiméis demasiado la dimensión de mi inteligencia, pues hace ya mucho tiempo que lo que se dice en Roma de mí es que estoy senil y enloquecido. Sin embargo, como quiero complaceros y deseo también honrar la memoria de Pontormo, estoy dispuesto a ayudaros en la medida de mis medios. Tal vez, en realidad, os sería más útil en vuestras pesquisas un punto de vista digamos oblicuo, es decir, no florentino. Si se aborda el problema con el rigor y la lógica de un Brunelleschi o de un Alberti, es necesario, para hallar al culpable, establecer primero la ocasión y luego la causa, o bien primero la causa y luego la ocasión. ¿Quién podía desear la muerte del pobre Jacopo? ¿Y quién estaba con él, aquella noche, para asestar-

le ese golpe mortal? Al escribir estas líneas, mis ojos se llenan de lágrimas y, al verlo yacer en un charco de sangre, con el corazón traspasado por una de esas herramientas que nos dan la vida a nosotros, los artistas, asesinado con su propio cincel, golpeado con su propio martillo, es como si hubiera sido traicionado por sus más fieles compañeros. ¡Pero dejemos las efusiones estériles! Aunque mis lágrimas son un tributo a la memoria de nuestro amigo, no nos van a ayudar a identificar al asesino. En resumen, una primera conclusión es que el culpable está en Florencia, entre vosotros.

Tengo miedo, mi buen Giorgio, de no poder ayudaros más, al carecer de elementos suplementarios. Al fin y al cabo, no soy más que un modesto escultor y, desde Roma, no alcanzo a ver San Lorenzo. Por amor a Jacopo, sed vos mis ojos y mantenedme informado de la marcha de vuestras investigaciones, os lo ruego.

Por cierto, no me habéis hablado de sus frescos. ¿Cómo los habéis encontrado? Se dice que el Duque le había encargado la tarea de rivalizar con la Sixtina. Decidme lo que pensáis, querido Giorgio, ya sabéis que siempre he tenido en alta estima vuestro juicio.

4. *Giorgio Vasari a Miguel Ángel Buonarroti*

Florencia, 7 de enero de 1557

Querido Maestro, para empezar quiero tranquilizaros: vuestra Sixtina no se verá superada por la capilla de Pontormo. Como me lo habéis rogado, os describiré lo que he visto: lo primero de todo, en diversas hornacinas de la parte superior de la capilla, la Creación de Adán y Eva, su Desobediencia, su Expulsión del Paraíso, sus trabajos en la Tierra, el Sacrificio de Abel, el Crimen de Caín, la bendición de los hijos de Noé y la construcción del Arca. A continuación, sobre una de las paredes, cuya dimensión es de quince brazas en ambos sentidos, un Diluvio universal, en el que se ve a una multitud de cadáveres y a Noé hablando con Dios. Fue a los pies de ese Diluvio donde se halló al pobre Pontormo, y fue sobre esa pared donde retocó una parte del conjunto, mientras que el resto estaba seco desde hacía tiempo. Sobre la otra pared representó una Resurrección universal, en la que predomina una confusión similar, por así decir, a la que reinará el día del juicio supremo. Frente al altar, a cada lado, hay unos grupos de personajes desnudos que salen de la tierra y ascienden hasta el Cielo. Sobre las ventanas, unos ángeles rodean a Cristo, que con toda su majestad resucita a los muertos para juzgarlos. Confieso que no entiendo por qué Jacopo ha co-

locado a los pies de Cristo a Dios Padre creando a Adán y Eva. También me sorprende que no haya variado ni sus cabezas ni su color, y le reprocharía una vez más que no haya tenido en cuenta la perspectiva. En conclusión: el dibujo, la pigmentación y el ajuste de sus figuras dan un aspecto tan triste que, pese a mi profesión de pintor, reconozco que no entiendo nada. Ojalá pudierais verlo con vuestros propios ojos para explicármelo, pero dudo que en ese caso vuestro juicio se alejara mucho del mío. Ciertamente que esa composición contiene algunos torsos, algunos miembros, algunas articulaciones maravillosamente estudiados, porque Jacopo había procurado hacer maquetas de barro de un detalle extraordinario, pero todo eso falla en su conjunto. Casi todos los torsos son demasiado grandes, mientras que los brazos y las piernas son demasiado pequeños. En cuanto a las cabezas, están totalmente desprovistas de esa gracia y esa belleza singular que se observan en sus otras pinturas. Es como si aquí tan solo se hubiera ocupado de determinados fragmentos y descuidado los más importantes. En definitiva, lejos de mostrarse superior al divino Miguel Ángel en este trabajo, ha quedado muy por debajo de sí mismo, lo que prueba que querer forzar la naturaleza lleva a mostrar las propias limitaciones. Pero ¿no tiene Jacopo derecho a nuestra indulgencia? ¿No están los artistas expuestos a equivocarse igual que los demás? Queda esta pregunta que en adelante per-

manecerá sin respuesta: ¿por qué, poco antes de morir, quiso retocar una parte de su Diluvio? ¿Quién sabe en qué consistían las fantasías profundas de ese hombre!

Sea como sea, el Duque, en su enorme sabiduría, ha confiado la finalización de los frescos a Bronzino.

5. Miguel Ángel Buonarroti a Agnolo Bronzino

Roma, 9 de enero de 1557

Mi señor Agnolo, he sabido por Vasari el terrible drama que ha golpeado Florencia y a todos nosotros, amantes de las artes y de la belleza, en la persona de vuestro maestro y amigo, fulminado en el lugar mismo de sus mayores esperanzas, pero también —demasiado bien lo sé por mi propia experiencia costosamente adquirida— de sus mayores tormentos. Porque, ¿qué hay más horrible que la pintura al fresco? Nos pasamos toda la jornada con el cuello torcido, la cabeza al revés, diez o quince pies por encima del suelo, manejando el pincel como buenamente podemos antes de que el yeso se seque, en cuyo caso habría que empezar todo de nuevo. En verdad, si mi señor Vasari no me hubiera informado sobre las circunstancias de su muerte, que en mi opinión no se prestan a equívoco, no me habría sorprendido

tanto saber que el pobre Pontormo hubiera puesto fin a sus días, pues es una idea que a mí mismo me ha asaltado ciertas noches de desesperación, cuando sentía mi cuello y mi espalda rotos por el trabajo y se me formaba un bocio a fuerza de tener la cabeza hacia abajo, sin hablar de los intrigantes y los impertinentes, siempre dispuestos a calumniarme y a maquinarse contra mí. Ya sabéis que mi *Juicio Universal* fue atacado y desprestigiado hace casi veinte años por el Aretino, ese hijo de puta, Dios tenga piedad de su alma, que lo llegó a comparar con un burdel instalado en la mayor capilla de la Cristiandad. Esas críticas no solo no han cesado, sino que no hacen más que multiplicarse y crecer. Tan es así que, a día de hoy, el papa Pablo IV ha decidido la pura y dura destrucción de mi obra, encargando a mi buen amigo el señor Daniele da Volterra la vestidura de mis desnudos, hasta el punto de que al pobre Daniele, contrario a esta tarea indigna, le han puesto el mote, que corre por toda Roma, de *Il Braghettone*. Esta es la realidad. Lejos queda el tiempo en que los papas me ofrecían suntuosos regalos. Incluso Pablo III, a quien sin embargo el mundo debe el retorno de la Inquisición, me había regalado un magnífico purasangre árabe, que, según decía, era el corcel más rápido de Oriente y Occidente. Todo era poco, entonces, para hacerse con mis servicios. Pobre animal que languidece en su cuadra como yo en mi cubil.

Estoy seguro de que Jacopo debió de sufrir las mismas afrentas, pues recuerdo a cierta gente maliciosa, celosa y calumniadora que había en Florencia cuando yo me fui de allí, y no me cabe la menor duda de que tienen quien los emule. Por eso quiero saber de vuestra boca cómo han sido acogidos los frescos de Pontormo y, por encima de todo, conocer vuestra opinión sobre su trabajo, ya que, sin poner en duda las reservas de Vasari, siempre pensaré que dos pareceres valen más que uno, especialmente si provienen de personas juiciosas y leales.

6. *Agnolo Bronzino a Miguel Ángel Buonarroti*

Florencia, 11 de enero de 1557

¿Es posible, querido Maestro, que no hayáis vuelto a Florencia desde hace veintitrés años, pese a las múltiples demandas de Su Excelencia el Duque, apoyadas por las súplicas de vuestros amigos? Tal vez este nuevo argumento venga a poner fin a vuestras resistencias y nuestro pobre Pontormo consiga lo que todos los demás han fracasado: os juro que sus frescos son de un esplendor tal que no se había visto nada semejante desde vuestra Sixtina. Es un espectáculo que el gran Miguel Ángel debe contemplar por sí mismo, porque ninguna palabra bastará para describirlo.

No creáis a mi señor Giorgio, quien, siendo un hombre de buen gusto cuya probidad no sabría ser cuestionada, es también un cortesano que sabe plegarse a las exigencias de su amo. De sobra sabéis vos, como lo confirma vuestra carta, hasta qué punto la desnudez de los cuerpos ya no está en olor de santidad desde que la curia romana ha creído a bien ofrecer la tiara al auditor general de la Inquisición, ese Carafa insensible a las bellezas del arte, para quien cualquier representación del cuerpo humano es una ofensa hecha a Dios. El extraordinario Diluvio que ha salido de la mente y de las manos si par de Jacopo no tuvo la suerte de gustar a la Duquesa, cuyo gusto español se acomoda mal a una visión tan extraordinaria: cuerpos desnudos abigarrados, algunos de los cuales parecen hinchados por la estancia prolongada en el agua. Hay tanta verdad en esa pintura que se ha expandido por la ciudad el rumor de que Jacopo habría utilizado como modelo cadáveres de ahogados que él mismo iba a buscar por los hospitales. Estos chismes, evidentemente, no son más que pura fantasía, pero la causa de semejante exageración es la fabulosa pintura de Pontormo: no se han visto jamás ahogados más vivos que los de esas paredes.

Su Excelencia Cosme, aunque no comparte las prevenciones de la Duquesa contra la representación de la carne, pues no es ni Carafa ni mujer ni español, ambiciona no obstante, desde hace demasiado tiempo, el título de rey de Toscana y ha de

dar garantías al papa, único habilitado para conceder tal dignidad. Por eso se cuidó mucho de manifestar ninguna señal de aprobación cuando los frescos fueron mostrados a un pequeño número de privilegiados, una vez que el Duque mandó abrir la valla tras la cual Jacopo los ocultaba. Pero, pese a todo, estoy seguro de que esas pinturas fueron del agrado del Duque, y prueba de ello es que me ha confiado el honor de acabarlas, ya que sabe que, al ser el más fiel alumno de Pontormo, no traicionaré su legado. Así pues, habiéndome juzgado Dios digno de ello, cuando la gran obra de Jacopo de Pontormo esté acabada por mí, pondré orgullosamente mi nombre junto al suyo. Esta será su venganza, y la nuestra, porque nadie duda de que esos frescos son el motivo de que haya sido asesinado, debido al nuevo espíritu de estos tiempos, que sin duda alguna es muy sombrío y muy contrario a personas como nosotros.

7. Sor Catalina de Ricci a sor Plautilla Nelli

Prato, convento de San Vincenzo,
5 de enero de 1557

No puedes imaginarte, hermana mía, con qué muestras de alegría la noticia de la muerte del sodomita ha sido recibida aquí, en el convento. En el refectorio, las hermanas gritaban y lanzaban sus

tocas dando gracias a Nuestro Señor Jesucristo, olvidando toda compostura. (Aún no sabían nada entonces de los frescos obscenos de San Lorenzo.) En tanto que priora, debo mantener la mayor reserva en cualquier circunstancia y, naturalmente, me negué a compartir su alborozo, pero no me vi capaz de reprimírselo, aunque nunca hay que alegrarse de la muerte de nadie. La noche anterior, me había visitado una visión: un macho cabrío de cola ahorquillada era fulminado por un ángel de cabello rubio, y su cadáver cortado en dos era arrojado al Arno, y el ángel tenía la cara de santa Catalina de Siena, tu patrona y la mía. Dios castiga a los malvados y recompensa a sus servidores haciendo de ellos los instrumentos de su castigo. Solamente purificando sus vicios Florencia podrá escapar de la cólera divina, si no, las profecías del hermano Jerónimo Savonarola se cumplirán y los franceses vendrán otra vez, o los luteranos se apoderarán de Alemania, o los imperiales saquearán la ciudad como hicieron antaño en Roma, volverá la peste, mil calamidades se abatirán sobre nosotros y esta vez el hermano Jerónimo, que en paz descanse, no estará aquí para salvarnos. He visto en sueños a un ejército que avanzaba en la llanura, conducido por un príncipe con cabeza de lobo. Dicen que Pontormo era protestante. Si no se hubiera encontrado con su Creador gracias a una mano directamente guiada por Dios, la Santa Inquisición lo habría desenmascarado y llevado a la hoguera un día u otro. Por más que

Roma siga siendo el foco del vicio y del error, ahora tiene a su mando a un soberano pontífice que no permitirá que avance la herejía, y esto al menos es algo bueno, aunque por lo demás este Pablo IV no es mejor que el III ni que ninguno de quienes lo han precedido en el siglo (a excepción del Borgia, que destaca por encima de todos en la basura). Por eso, devolver a Dios a un pintor sodomita reformado, cuyo castigo en esta vida o en la otra era inevitable, no puede ser un crimen. Es, por el contrario, una acción santa que le será recompensada a su autor el día del juicio. Dios no podía seguir tolerando esas ofensas y te ha elegido a ti, como me ha elegido a mí, como eligió al hermano Jerónimo antes que a nosotras, para salvar Florencia.

Te esperamos en San Vincenzo, con tus telas y tus pinceles, como cada mes. Posaré para ti y tú me lo contarás todo, hasta los menores detalles. Hasta entonces, Dios me perdone, trataré de disimular mi impaciencia. Gloria a Él, hermana mía, y bravo por ti.

8. Sor Plautilla Nelli a sor Catalina de Ricci

Florencia, convento de Santa Catalina de Siena,
6 de enero de 1557

Hermana mía, sabes que mi amor por ti solo se ve superado por el que profeso a Nuestro Señor

Jesucristo, con el que te desposaste tan joven. Pero con todo el respeto y la admiración que te tengo, te ruego que no te desahogues tanto en tus cartas, pues si cayeran en malas manos, podrían causarnos un gran perjuicio.

También yo estoy muy impaciente por reanudar nuestras sesiones de posado y espero acabar ese nuevo retrato antes de que llegue la primavera. Pero en lo que concierne al asunto del que hablas, no quiero que te hagas falsas ilusiones. Al contrario de lo que parece haber imaginado, yo no tengo nada que ver con la muerte del sodomita. No digo que su castigo no sea merecido. Esos frescos son sin duda una nueva manifestación impía de la corrupción que reina en Florencia, pero entra dentro del plan que Dios me ha hecho ver. Te prometo que lo sabrás todo cuando nos veamos. Hasta ese momento, te suplico que moderes tu entusiasmo. A diferencia de ti, que has padecido tanto como Él, yo no he sido elegida por Nuestro Señor. No soy más que una pobre pecadora que besa tus pies y los Suyos.

9. Giorgio Vasari a Vincenzo Borghini

Florencia, 7 de enero de 1557

Sé en cuánta estima teníais a Pontormo y que era vuestro amigo, pero os diré, a fin de cuentas,

que sus frescos son el espectáculo más lamentable que me ha sido dado contemplar, y es digno de compasión que un artista como él (pues merece, en efecto, que se le aplique la palabra de Dante) haya echado a perder su inmenso talento con tales garabatos. Ya sabéis mi religión al respecto: el verdadero culpable es Durero. Todo es por culpa de los alemanes. No hay que censurar a Pontormo por haber querido imitar ese estilo tudesco que parece haber corrompido el alma de nuestros brillantes artistas, hay que censurarlo por haber trasladado la mezquindad del arte alemán a las expresiones de las cabezas y a las actitudes de sus personajes. No es mi deseo hablar mal de un muerto, amigo vuestro además, sobre todo después de que haya sido tan salvajemente asesinado, y no añadiré nada más de esa pobre alma confundida. Jacopo era un hombre torturado que perdió su gusto por la innovación, pero que, a pesar de sus errores, siempre dio pruebas de un talento estimable. ¿Acaso no es aburrido Homero algunas veces? En fin, cuando veáis esos frescos, os juro que seréis de mi misma opinión: son atroces.

Sin embargo, ello no sería motivo suficiente para justificar ni explicar su asesinato, a no ser que un pintor o un aficionado a la pintura hubiese perdido la razón, se hubiese introducido en secreto detrás de la valla de la capilla y, en un arrebató de locura por el espectáculo horroroso

que se ofrecía ante él, hubiera esperado a la noche para lanzarse sobre su víctima. Es verdad que nuestros compatriotas son a veces un poco excesivos y puntillosos en materia de arte, pero no creo adecuado todavía considerar esa hipótesis.

Siguiendo las recomendaciones de mi señor Miguel Ángel, nuestro maestro, he intentado casar las ocasiones y los motivos de todos cuantos hubieran podido desear la muerte de vuestro amigo, para ver si tenían posibilidad de llevar a cabo su ejecución. El resultado, por ahora, se reduce a su asistente Battista Naldini, quien vivía con él desde hacía varios años, y a su moedor de pigmentos, Marco Moro, encargado principalmente de cuidar la valla. Se sabe que ambos habían discutido con él los días previos a su muerte, pero, bueno, todo el mundo discutía a menudo con Jacopo, quien, como vos sabéis, era de carácter difícil. También, para no perder el tiempo en vanas especulaciones, me puse a reconstruir la noche de autos. Jacopo cenó con mi señor Bronzino y mi señor Varchi, con los que comió riñones y bebió una frasca de vino, pero a continuación se quejó de que le dolía el vientre y los abandonó al acabar la cena para ir a acostarse. Sin embargo, si creemos a Naldini, nunca llegó a su casa. Deduzco que fue directamente a San Lorenzo para trabajar en su Diluvio, pues no era la primera vez que se lo veía entrar en la capilla ya de noche para continuar con su obra.

¿Por qué aquella noche le dio por repintar solo una parte del paño del muro y no la totalidad, dejando así visible el trazo de la modificación? No es propio de Pontormo, que rehacía una y otra vez su obra desde el principio, nunca satisfecho del todo, en busca de una perfección que no existía más que en sus sueños. No podía ignorar que, al pintar sobre una pintura ya seca, el trazo del parche sería notorio a ojos de un experto, como una cataplasma lo es sobre un miembro herido. El Pontormo que nosotros conocíamos jamás lo habría tolerado.

Para enredar todavía más este asunto, otro elemento ha venido a sumarse: cierto día del pasado mes, una mujer acudió a casa de Pontormo cuando él estaba ausente. La escala que da acceso a la vivienda no había sido tirada, pero la mujer, pese a la incomodidad de su ropaje, trató de trepar hasta allí. Al darse de bruces con el joven Naldini, se puso nerviosa y, después de deshacerse en excusas, se fue apresuradamente. Al menos esto es lo que afirma Naldini, que no ha sido capaz de describirla, ya que iba encapuchada como una monja y hablaba en voz muy baja.

Si pasáis por Arezzo volviendo de Venecia, id a ver los frescos de Piero della Francesca, son una maravilla que uno no se cansa de admirar.